

# Mitos, etapas y crisis en la economía argentina

Mario Rapoport

**Resumen** Últimamente ha vuelto a reverdecer una problemática que había estado un poco olvidada en la historia argentina: la problemática de los mitos. Están de moda muchos libros sobre la cuestión de los mitos. Hablamos de mitos en el sentido de falsas percepciones históricas que es necesario poner en evidencia. La consigna es tomar que es lo que se estuvo diciendo o creyendo como verdad asumida durante mucho tiempo acerca del país y de su historia, y analizarlo a la luz de nuevas evidencias e interpretaciones. Pero, la mayor parte de las veces esos mitos se refieren a figuras históricas.

Por supuesto, las personalidades históricas tiene una importancia fundamental, queremos saber qué pasó con Belgrano, con Moreno, con San Martín, con nuestros próceres, pero existen también otros mitos que son tan o más importantes que éstos y que tienen que ver con los procesos históricos, con las estructuras históricas, políticas, económicas y sociales que caracterizaron la evolución del país.

Hay en ese caso una serie de falsas percepciones que se han instalado en la mente de muchos argentinos, y son de este tipo. Por ejemplo, la idea o el mito de que el país estuvo alguna vez, hacia las primeras décadas del siglo XX, entre los más avanzados del mundo o el que llegó a ser, en cierto momento, una potencia mundial.

De esta última aserción se sostiene otro mito: el que la decadencia de la Argentina comenzó en los años 40, con los procesos de industrialización, la intervención del estado en economía y las políticas de distribución de ingresos.

Un mito bastante frecuente es el que afirma que un error fundamental en los gobiernos argentinos estuvo en la creciente tendencia a la autonomización del país con respecto al mundo y, sobre todo, en sus niveles de confrontación con las grandes potencias hegemónicas.

En la comprensión de las políticas económicas, los mitos toman también la forma de opciones o términos contrapuestos, aparentemente irreductibles, en la toma de decisiones o de políticas: como la que existiría entre endeudamiento o ahorro interno; entre inflación o convertibilidad; entre estatización o libertad absoluta de los mercados. O la que pretende enfrentar políticas de bienestar versus flexibilidad y competitividad, o una aún más reciente, la que señala la aparente necesidad de elegir entre aceptar la globalización o realizar políticas nacionales.

Creo que es el momento de desentrañar muchos de estos mitos y analizar más a fondo si éstas son o no opciones verdaderas. Pero para eso hay que introducirse en la historia y nosotros empezaremos esa historia desde el momento en que el país se organizó como tal, después de 70 años de cruentas luchas civiles.

Y aquí surge otro mito y es el que la Argentina fue el país más civilizado de América latina: algo que suena extraño si observamos las sangrientas, terribles guerras civiles, que causaron miles de muertes, y se iniciaron en el mismo momento en que culminaban las guerras para afirmar la independencia.

Sin embargo, hacía 1880, el país logra, por fin, una cierta estabilidad, luego del triunfo del ejército federal sobre el último ejército provincial, el de la provincia de Buenos Aires; con la instalación en la Presidencia del general Roca a través de un pacto político, la liga de los gobernadores. Va a comenzar lo que hemos dado en llamar, a modo de simplificación, en la interpretación de la evolución económica del país, el modelo agroexportador, caracterizando su rasgo principal.

## 1. La etapa agroexportadora

Este período, que transcurre de 1880 a 1930, es el que se señala como una «época dorada», ensalzada por grandes poetas latinoamericanos, como Rubén Darío en su *Canto a la Argentina*. Es la época en la

que muchos argentinos ricos viajan a Europa deslumbrando con sus riquezas y construyen grandes mansiones, en sus estancias o lugares de origen y, en especial, en Buenos Aires.

Claro está, no era una «época dorada» para todos: como lo señala el informe que en 1904 escribió el catalán Biolet-Massé sobre las condiciones de vida de las clases trabajadoras en el interior del país, a pedido del ministro Joaquín V. González, una parte importante de la población vivía todavía a principios del nuevo siglo, en campos o ciudades, en los umbrales de la pobreza.

En esta etapa, que comienza en los años 80 pero tiene elementos precursores en las décadas del 60 y 70, la Argentina disponía potencialmente de grandes recursos naturales, pero debía traer del exterior los capitales y la mano de obra necesarios para instalar el sistema de transportes, especialmente el ferroviario, y la infraestructura portuaria y urbana, y modernizar la agricultura y la ganadería. Esto se hace centralizando el poder en Buenos Aires, lo que refleja una larga historia de predominio de la ciudad sobre el resto del país que culmina con la constitución definitiva de la capital de la República en 1880, último y sangriento episodio de las guerras civiles.

El modelo se sustentaba en un esquema socioeconómico en donde el bien abundante, la tierra, estaba en pocas manos, como consecuencia de un proceso de apropiación de la misma o de sus frutos que venía de la época de la colonia (mercedes reales, vaquerías, primeras «campanas al desierto» para apropiarse de tierras ocupadas por los indígenas), y se continúa con la ley rivadaviana de Enfiteusis (o alquiler de grandes extensiones de tierras públicas a unos pocos individuos), las nuevas campañas al desierto y la venta en forma ventajosa de esas tierras alquiladas. Este proceso culmina con la campaña del general Roca, eliminando definitivamente la presencia del indígena y poniendo a disposición de un puñado de terratenientes millones de hectáreas explotables. La expedición de Roca fue un verdadero genocidio de los pocos indígenas que quedaban todavía en la Patagonia, el Chaco y otras zonas del interior del país.

En cuanto a los capitales externos, si bien ayudan a montar el aparato agroexportador, llegaron generalmente sin control y, en la mayor parte de los casos, garantizados en su rendimiento por el estado o con fines meramente especulativos, algo que, como veremos, va a volverse un hecho repetido en la historia argentina. El país se transforma, de todos modos, en un importante exportador de productos agrícolas e importador de manufacturas y bienes de capital, en el marco de un escenario internacional que facilita ese proceso.

En este sentido, es imposible estudiar la historia argentina si no se conocen las coyunturas internacionales en las cuales se desarrollan los distintos procesos económicos y políticos internos. Veamos la primera de ellas.

Hacia 1880 existe una división internacional de trabajo hegemonizada por la potencia industrial de la época y la más importante proveedora de capitales y manufacturas: Gran Bretaña. Pero se trata de una situación peculiar. El Reino Unido estaba en esa época en el cenit de su apogeo pero también en lo que constituía el comienzo de una larga decadencia. En 1873 se produce una crisis a nivel mundial, dando inicio al período denominado la Gran Depresión, que va a durar hasta 1896 y afecta particularmente el poder hegemónico británico.

La Argentina juega un rol importante en ese esquema, porque Gran Bretaña está perdiendo mercados en el mundo, justamente por la competencia de países emergentes para la época, como Alemania y Estados Unidos, que protegen sus industrias y expanden su comercio internacional. Y esta pérdida de niveles competitivos, pérdida incluso del gran mercado que constituía la ex colonia estadounidense, va a ser suplida por otras colonias de poblamiento situadas en territorios casi olvidados en los que Gran Bretaña vuelve a interesarse, como Australia, Nueva Zelanda y Canadá. Pero, también, por dos países del Sur del continente americano, Argentina y Uruguay. Todos ellos contribuyen a proporcionar los alimentos y las materias primas que el Reino Unido necesita para alimentar a su población. Lo que los va a ayudar a transformar, a su vez, a medida que llegan las oleadas de inmigrantes, en nuevos mercados para los bienes de capital y las manufacturas británicas.

En lo que se refiere al sistema político interno, en este período se produce la unidad nacional bajo la dirección de gobiernos oligárquicos. Por un lado, esos gobiernos guardan las formas constitucionales, aunque excluyen a los sectores opositores del posible ejercicio del poder y eligen a sus sucesores. Por otro, abren las puertas a los nuevos inmigrantes pero no les facilitan su conversión en ciudadanos.

En lo económico, en tanto, los elementos claves lo constituyen la concentración de la propiedad de la tierra, el endeudamiento externo y una ideología rectora: el liberalismo económico. En palabras de Juan Bautista Alberdi, uno de sus expositores más lúcidos, la Constitución argentina «más que la libertad política» ha tendido a procurar «la libertad económica».

No obstante, este no fue un período de progreso o crecimiento continuo como se suele creer: la expansión económica y productiva resultó evidente, pero con crisis importantes en su transcurso debido primordialmente al endeudamiento externo. Empezando por la de 1873, en la cual el Presidente Avellaneda llegó a decir que los argentinos ahorraban sobre su sed y su hambre para pagar sus compromisos externos. Y luego, en el mismo período de expansión de los 80, otra crisis financiera más breve, en 1885, y cinco años más tarde la crisis más profunda de todas, la de 1890, que produjo un sacudón en la *City* londinense por la casi quiebra de la casa Baring, agente financiera del gobierno argentino. Esta crisis fue acompañada por una revolución política, que no triunfó pero dio lugar al nacimiento del primer partido político nacional, la Unión Cívica Radical. Por último, se asistiría a una nueva crisis financiera antes del comienzo de la primera guerra mundial.

Raúl Prebisch señalaba con respecto a las crisis financieras algo que hoy nos parece común: la dependencia de los ciclos económicos de los centros capitalistas mundiales y, fundamentalmente, de Gran Bretaña. Decía que cuando la metrópoli necesitaba exportar capitales, porque bajaba la rentabilidad de sus empresas, esos capitales venían en abundancia, atraídos por las facilidades que daban los gobiernos argentinos, iniciando un ciclo de endeudamiento externo. Pero, cuando por razones internas de su propia economía les era preciso hacer regresar esos capitales, el Banco de Inglaterra subía las tasas de interés para atraerlos, dejando un nivel de deuda que no podía pagarse. El endeudamiento externo era así una característica clave del modelo agroexportador.

Hubo una década, la de 1890, cuando debió abonarse lo sustancial de la deuda que venía del proceso anterior, en la que no ingresaron nuevos capitales y se detuvieron las corrientes inmigratorias. Las dos grandes oleadas de inmigración llegaron en momentos de expansión: los años 80 y los primeros años del siglo XX.

Una cuestión que se plantea comúnmente, es el por qué el desarrollo económico argentino no siguió el camino de otros países de formación similar como Australia y Canadá. Al realizar una comparación con esas naciones, una de las principales diferencias que se nos presentan, se asocia, ante todo, a la estructura de tenencia de la tierra. Frente al dominio del latifundio en nuestro país, acompañado por un sistema de arrendamientos precarios, en Australia, donde la posesión primigenia de los terrenos era de la Corona, cuando se realizaba la adjudicación de los mismos se exigía una explotación productiva y mejoras en su utilización. Además, ya a principios del siglo XX, bajo la conducción de gobiernos laboristas, se llevó adelante una política tributaria tendiente a combatir la concentración de la tierra en pocas manos.

En lo que hace a la comparación con Canadá, predominaba allí la explotación de medianas extensiones personificada en la figura de los *farmers*, quienes en vastos territorios habían obtenido tierras en forma gratuita y que al ser propietarios se les facilitaba el acceso al crédito, haciendo posible la adquisición de maquinarias y el mejoramiento de los campos. Por el contrario la Argentina no logró generar una clase media rural (salvo en ciertas zonas colonizadas de Santa Fe y Entre Ríos, donde encuentra su origen la Federación Agraria Argentina y el Partido Demócrata Progresista) que ampliase el mercado interno y estimulase el desarrollo regional.

Esto significó, al ser el sector agropecuario la principal actividad económica que motorizaba al país, una gran concentración de poder en manos de los grandes estancieros, que, por lo general, no volcaron sus ganancias a las nacientes actividades industriales, o directamente las obstaculizaron, promoviendo la más amplia apertura comercial a fin de colocar sus productos en el exterior. En este sentido, existía una gran diferencia con lo que ocurría en otros países, como Canadá, donde hacia 1890 se desarrollaba una política industrialista de «compre nacional» planteada por el primer ministro conservador MacDonald. O como Australia, donde las preferencias otorgadas a firmas locales en licitaciones del gobierno, particularmente en torno al abastecimiento de materiales para los ferrocarriles y las comunicaciones en general, simbolizada por el lema «Be Australian, Buy Australian» («Se australiano, compra austra-

liano»), denotaban una actitud más proteccionista que incentivó áreas tales como la metalurgia y la producción de maquinarias agrícolas.

En cambio, la situación argentina dio lugar a la conformación de una matriz cultural que se transmitió, de una u otra forma, al resto de la sociedad y, sobre todo, a los sectores medios. La poderosa elite que gobernaba el país tenía como principales características una cultura fuertemente rentística (sus principales ingresos provenían de la renta de la tierra); una conducta en el poder antidemocrática, basada en la marginación de gran parte de la ciudadanía, la corrupción y el fraude electoral; y una visión del mundo dependiente (se llegó a pensar a la Argentina como una especie de «colonia informal» del Reino Unido).

Veamos, en primer lugar, la cultura de lo rentístico. La elite tradicional, que poseía la mayor parte de las tierras explotables del país (el 5 % de los propietarios tenía el 55 % de las explotaciones agropecuarias en 1914), vivía fundamentalmente de una sustancial renta agraria, como los grandes señores ingleses del siglo XVIII que criticaba David Ricardo en sus *Principios de Economía*. Esa elite tenía, por lo general, pautas de consumo extravagantes y no necesitaba o no le interesaba invertir en capitales de riesgo que, por ende, vinieron casi en su totalidad del exterior para crear la infraestructura del aparato agroexportador. Pero una de las funciones principales del endeudamiento externo en distintas épocas fue también contribuir a financiar el gasto de ciertos sectores privilegiados de la sociedad y la fuga de capitales, generando un modelo que podríamos llamar de «capitalismo ausente», en tanto reproduce y prolonga de alguna manera aquel viejo modelo del «terrateniente ausente», que vivía mayormente en Buenos Aires y no tenía conductas productivas sino rentísticas o suntuarias, hasta que agotaba, como en muchos casos, la riqueza original, vendiendo incluso las tierras que poseía. En las últimas décadas ha ocurrido, como veremos, algo parecido a nivel del país.

En segundo lugar, se generó también una cultura antidemocrática. Los primeros gobiernos de «unidad nacional» que salieron de la llamada generación del 80, en las últimas décadas del siglo XIX, no respetaron los principios constitucionales. Era una democracia ficticia o «ficta», como se decía en su época. Con presidentes «electores» que escogían a su sucesor. La elite se identificaba con la clase política y los rasgos principales del manejo político eran el paternalismo, el clientelismo, la corrupción y el fraude electoral. Más tarde, la intervención de los militares y los golpes de estado, bajo el pretexto de derrocar «democracias corruptas», formaron parte de la misma ideología elitista. Esas conductas han perdurado, desafortunadamente, en los distintos períodos democráticos, penetrando en el comportamiento de los partidos políticos mayoritarios, aún cuando se expresen de otro modo.

En tercer lugar, persistió desde aquella época una cultura de subestimación del interés nacional o, más directamente, de vivir dependiendo de factores externos o sometiendo a condiciones externas, sin ningún beneficio compensatorio. Un caso notable fue el primer empréstito otorgado por la compañía inglesa Baring Brothers, en 1824, cuyos fondos no fueron destinados a sus propósitos iniciales y se volatilizaron en pocas manos, aunque terminaron de pagarse puntualmente casi un siglo después. Otro caso fue el del primer tratado de comercio y navegación, que establecía una libertad de comercio que favorecía sólo a intereses británicos, los únicos en condiciones de aprovecharla. Esa era en aquella época la trampa de la libertad de comercio. Esta cultura de la dependencia se acentúa a partir de las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX cuando la Argentina se inserta en el mundo a través de una relación fuertemente dependiente de la potencia hegemónica de aquel entonces, Gran Bretaña. Todavía en 1933, ante la firma de un nuevo tratado comercial argentino-británico, el Pacto Roca-Runciman, el vicepresidente de entonces, Julio A. Roca (h), decía que la Argentina «desde un punto de vista económico debía considerarse una parte integrante del imperio británico». Concepción que se procura justificar teóricamente en la década de 1990, en el plano de la política exterior, a través del llamado «realismo periférico», que proponía la subordinación a otra potencia hegemónica, Estados Unidos, y alcanzó su máxima expresión en las propuestas de dolarización y de manejo de la economía por expertos «externos».

A partir de los años de la primera guerra mundial dos fenómenos marcaron una diferencia con respecto al proceso anterior. Desde el punto de vista político, debido a la llegada al gobierno en 1916, gracias a la ley Sáenz Peña, de 1912, que garantiza el voto secreto y obligatorio e instaura un sistema democrático, de la Unión Cívica Radical, liderada por Hipólito Irigoyen, que incluye sectores sociales

provenientes de una ascendente clase media, Desde el punto de vista económico, por el comienzo de una relación más profunda con Estados Unidos, tanto en el comercio exterior como a través del flujo de capitales provenientes del país del norte. Se desarrolla así un triángulo comercial y financiero anglo-argentino-norteamericano de profundas consecuencias internas y externas en los años futuros.

Durante la misma guerra se advierte también un limitado desarrollo industrial, motivado por las restricciones externas, que tiene sus límites con la finalización del conflicto y la normalización de los mercados mundiales, aunque en los años 20 comienzan a llegar del exterior inversiones directas en algunas ramas fabriles.

## 2. El proceso de industrialización

La etapa de la industrialización sustitutiva, como rasgo principal de la actividad económica, puede subdividirse en tres períodos diferenciados:

1. La industrialización «espontánea» (1930-1945).
2. El proyecto industrializador peronista (1946-1955).
3. La industrialización «desarrollista» (1955-1976).

Nuevamente otra crisis, en este caso de origen externo, que se inicia en EEUU en 1929 y constituye el comienzo de un período de depresión económica mundial que duraría casi una década, impacta en la Argentina. Fue la crisis más profunda que padeció el capitalismo en su historia.

Este proceso recesivo se caracterizó por una severa deflación en un sentido amplio, dado que generó restricciones monetarias y financieras, bajas de precios y salarios, y retroceso de las actividades económicas. Fenómenos que se manifestaron a través de reacciones en cadena, puesto que la caída de la producción industrial indujo a una contracción de los mercados internacionales y a una disminución de la demanda de materias primas, cuyos precios bajaron acentuadamente. Los países productores de bienes primarios redujeron las compras de maquinarias y manufacturas, al tiempo que entraron en bancarrota o devaluaron sus monedas, ya que las deudas asumidas con anterioridad no podían ser canceladas. Del mismo modo, los países industriales debieron soportar la caída de los precios de sus productos, aunque protegieron sus mercados con barreras arancelarias o de otro tipo. No pudieron evitar, sin embargo, el cierre de bancos y empresas, una creciente desocupación y situaciones extremas de hambre y pobreza de gran parte de sus poblaciones. Todo ello llevó a la quiebra del sistema multilateral de comercio y pagos, incluyendo el patrón cambio oro, y dio lugar a un retorno a los sistemas de preferencia imperial y a los convenios bilaterales.

La Argentina, que tenía una economía abierta al mundo, sufrió de lleno ese impacto con una severa caída de sus exportaciones y un amplio déficit en su balanza comercial, al no poder prescindir de la importaciones de bienes industriales y de muchos bienes de consumo masivo.

El proceso de sustitución de importaciones, que proyectó al sector industrial por sobre el agropecuario e inició una nueva etapa en la historia económica argentina, fue así en gran parte producto de la necesidad y no de la voluntad política: había que hacer frente a la crisis económica mundial que afectaba al país. Además, cuando esta etapa comienza a desarrollarse con más fuerza, en los comienzos de la década de 1930, retorna al poder, mediante un golpe de estado cívico-militar, la elite oligárquica que había gobernado hasta 1916. Entonces, contra sus propias ideas imbuidas de liberalismo, los gobiernos conservadores ponen en práctica una intervención creciente del estado en la economía (control de cambios, juntas reguladoras, proteccionismo, diversas medidas fiscales y financieras), que tienden a paliar la situación pero, también, a salvaguardar sus propios intereses, vinculados al sector agropecuario.

Al mismo tiempo, el país logra cierto margen de autonomía económica aunque se mantienen los servicios de la deuda externa y se intenta conservar a toda costa, a través del Pacto Roca-Runciman, el mercado británico para la colocación de las carnes enfriadas, el negocio principal de los terratenientes de la pampa húmeda, ahora en el poder político.

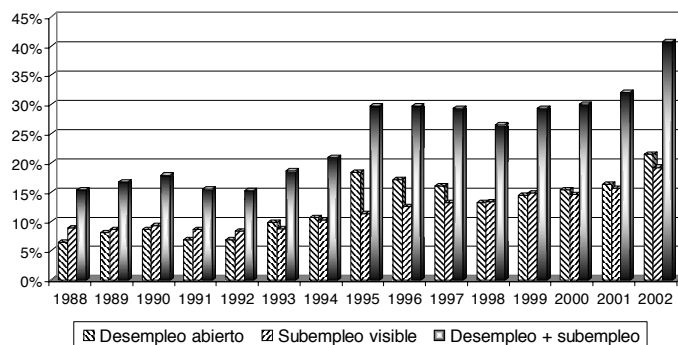
Hasta esa época la industria había crecido al compás del resto de la economía, pero subordinada al esquema agroexportador. En cambio, a partir de los años 30, se convertirá en uno de los sectores impulsores del crecimiento económico, facilitado por una importante transformación en la estructura de la

**Cuadro 3**  
La evolución de la Deuda Externa Argentina (1973-2004)

Año	Presidente de la nación	Partido de gobierno	Monto deuda externa (millones dólares)	% de aumento de la deuda en relación al período anterior	Observaciones
1973	Cámpora / Perón	JUSTICIALISTA	4.890	+ 62%	A fines de 1975 cada habitante de la Argentina debía al exterior US\$ 320
1974	Martínez de Perón		5.000		
1975			7.800		
1976	Videla	MILITAR	9.700	+ 364%	El mundo vive en la era de los eurodólares y los petrodólares. Los bancos internacionales ofrecen créditos fáciles a tasas bajas. Comienza el gran endeudamiento del estado argentino. Pero hacia 1980 se produce un viraje en la economía mundial. El crédito se vuelve escaso y caro. En este período el gobierno de Reagan incrementa las tasas de interés en EE.UU. lo que termina de producir la crisis mexicana de 1982 y otras crisis de endeudamiento externo en varios países latinoamericanos. A fin de 1983 cada habitante debía al exterior US\$ 1.500.
1977			11.700		
1978			13.600		
1979			19.000		
1980			27.200		
1981			35.700		
1982	Gallieri		43.600		
1983	Bignone				
1984	Alfonsín	UNIÓN	46.200	+ 44%	La democracia se reestablece en medio de un panorama internacional muy duro para los países latinoamericanos, que experimentan la llamada "década perdida". El gobierno argentino se limita a gerenciar la crisis de endeudamiento sin mucho éxito. Se produce una crisis hiperinflacionaria en 1989-90
1985			49.300		
1986		CÍVICA	52.500		
1987			58.500		
1988			58.700		
1989		RADICAL	65.300		
1990	Menem	JUSTICIALISTA	62.200	+ 123%	Consenso de Washington y aceptación de sus postulados y de las políticas propiciadas por los organismos financieros internacionales por el gobierno argentino. En 1992, el ministro Cavallo renegocia la deuda externa sobre la base del Plan Brady. Sin embargo, el endeudamiento sigue aumentando en forma galopante, pese a los ingresos obtenidos por las privatizaciones de empresas del estado.
1991			61.337		
1992			62.972		
1993			72.425		
1994			85.909		
1995			99.146		
1996			110.614		
1997			125.051		
1998			141.929		
1999			145.289		
2000	De la Rúa	ALIANZA	146.575	+ 9%	Políticas de ajuste por consejo del FMI. A fin del 2000 cada habitante debe al exterior US\$ 3.800.
2003	Kirchner	JUSTICIALISTA	172.773 a 125.000		Default con los acreedores privados, no con los organismos internacionales, a partir de 2002. En enero de 2005 se lanzó la reestructuración de la deuda pública. La adhesión del canje fue del 76.15% y se logró una quita nominal del 43%. Del monto total de la deuda elegible (USD 81.836 millones) se logró canjear USD 62.318 millones. De esta forma el total de deuda reestructurada fue USD 35.261 millones. A fines de 2005 se pagó el total de la deuda con el FMI que sumaba 9.530 millones de dólares.
2005					

Fuente: Ministerio de Economía de la Nación para años recientes y cuadro difundido por Internet sobre datos oficiales.

**Gráfico 2**  
Desempleo y subempleo



5,7% anual, mientras que entre 1976 y 1999 no superó más del 1%.<sup>2</sup> Veamos los gráficos 3, 4 y 5 que ilustran la comparación entre los modelos económicos.

2. Jorge Schvarzer, «Economía argentina: situación y perspectivas», en *La Gaceta de Económicas*, 24-6-2001; Mario Rapoport, *Historia económica, política y social de la Argentina*, (2006), para el crecimiento del PBI, cálculo realizado sobre la base de los datos

**Cuadro 4**  
Pobreza y distribución del ingreso

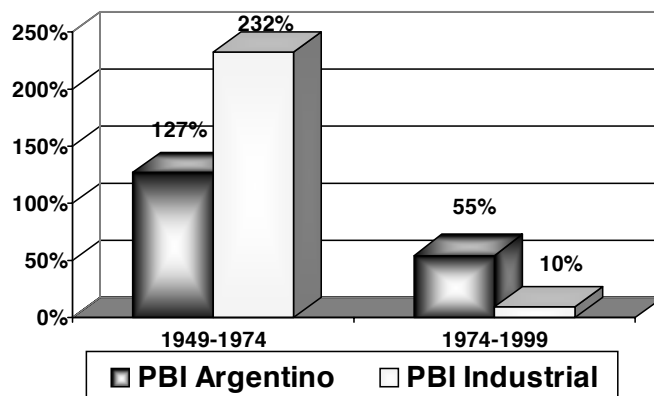
PAÍSES	Años	Población por debajo de la Línea de Pobreza	Línea de Indigencia
ARGENTINA	1990	21,2	5,2
	2002	41,5	18,6
BRASIL	1990	48,0	23,4
	2001	37,5	13,2
MÉXICO	1989	47,7	18,7
	2002	39,4	12,6

PAÍSES	Años	Participación en el ingreso total del 10% más rico (%)	Coefficiente de Gini
ARGENTINA	1990	34,8	0,501
	2002	42,1	0,590
BRASIL	1990	43,9	0,627
	2001	46,8	0,639
BOLIVIA	1989	38,2	0,538
	2002	41,0	0,614

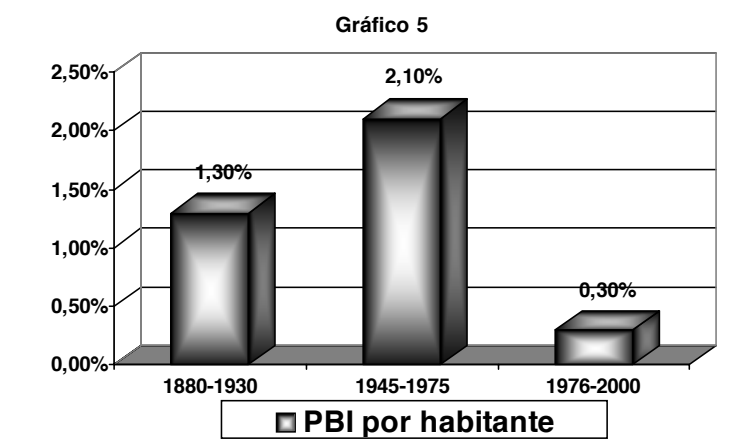
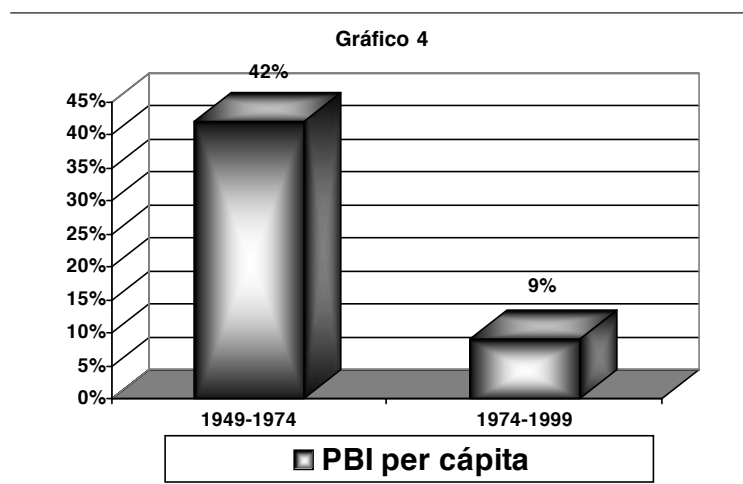
Fuente: CEPAL; Panorama Social 2002-2003. Los datos de Argentina son para el Gran Buenos Aires.

**Gráfico 3**



El proceso de redistribución regresiva de los ingresos que llegó a padecer la Argentina en el peor momento de la crisis constituye otro aspecto de esta situación, que también podemos comparar: entre 1974 y el 2000, la diferencia entre el 10% de la población de mayores ingresos y el 10% de menores ingresos había aumentado más de 40 veces. Por otra parte, el porcentaje que tenían los asalariados en el ingreso nacional hacia 1950 era del 50%, y a comienzos del nuevo siglo no llegaba ni a la mitad de esa cifra. Mientras la tasa de desempleo, que históricamente se hallaba en torno al 6%, a partir de 1994 saltó al 12,2 y alcanzó en el momento más álgido de la crisis, a más del 24%, pero si se incluye la subocupación, personas que trabajan sólo parcialmente, alcanzó a superar con holgura el tercio de la población activa.

de los capítulos 5 a 8 del mencionado libro, del cual se extraen también los datos sobre la deuda externa. Los datos del PBI per cápita son de la OCDE y la CEPAL elaborados por Eric Calcagno.



## 5. Después de la crisis

La pregunta que se hacían muchos argentinos era si podían reunirse las condiciones objetivas y subjetivas, es decir, en las estructuras económico-sociales y en las relaciones con los poderes externos, por un lado, y en la conciencia de la gente y el liderazgo, por otro lado, para realizar los cambios necesarios.

Luego de la caída en el *default* y un interregno de sucesivos y breves gobiernos que culminaron con la presidencia provisoria de Duhalde, resultó finalmente elegido, en un nuevo llamado a elecciones presidenciales, Nestor Kirchner, que asumió, sin haberse superado aún la crisis, en el 2003. Una de las más importantes iniciativas del nuevo gobierno en el orden político y jurídico fue su firme política de derechos humanos. Gracias a ello, una renovada Corte Suprema de Justicia anuló las nefastas «leyes del perdón» para los militares. También se plantearon desde un principio posiciones de mayor autonomía en el terreno de las relaciones internacionales, incluyendo el rechazo del proyecto de Área de Libre Comercio de las Américas propuesto por EEUU.

Quedaba por ver si era posible superar plenamente la crisis económica, volver a un esquema productivo y a un sendero de crecimiento sostenido. Entre 2003 y 2007 el PBI creció en forma notable, casi un 9 % anual, mientras que la desocupación descendió sensiblemente y se redujeron los niveles de pobreza. Por otra parte, se terminó el *default* con el canje de la deuda, que fue aceptada por más del 70 % de los acreedores y se pagó el total de la deuda pendiente con el FMI (cerca de 10 mil millones de dólares), aunque el nivel de endeudamiento que queda, a plazos más largos e intereses más bajos, es aún considerable: 125 mil millones de dólares.